

WHITLEY STRIEBER



el
Ansia

Miriam Blaylock, rica y hermosa, vive una vida regalada en Manhattan, tiene un esposo al que adora, antigüedades de valor incalculable y magníficas rosas. Pero John Blaylock, como todos sus amantes anteriores, empieza de repente a envejecer. En apenas una noche su cuerpo revela la verdad: John tiene cerca de doscientos años.

Temiendo la terrible soledad de la eternidad, Miriam encuentra a una nueva pareja: Sarah Roberts, una joven y brillante investigadora del sueño que ha descubierto el factor sanguíneo que controla el envejecimiento y que podría contener el secreto de la inmortalidad. Miriam la ansía desesperadamente, por ella y por su conocimiento pero para conseguirla tendrá que destruir el amor de Sarah por el doctor Tom Haver, quien descubrirá que su enemigo no es como otra mujer que haya existido jamás.

Para M. A.

El hombre viene y labra el campo y yace debajo,
Y tras varios veranos muere el cisne.
Mi cruel inmortalidad
Consume...

Tithonus, Alfred, Lord Tennyson

Una vez hubo un terrible arco-iris en el cielo:
Conocíamos su tejido, su textura; se ha rendido
Al monótono catálogo de las cosas comunes.

Lamia, John Keats

Prólogo

John Blaylock consultó una vez más el reloj. Eran exactamente las tres AM... hora de moverse. El pequeño pueblo de Long Island estaba tan silencioso que pudo oír el cambio de luz al final de la arbolada calle. John guardó de nuevo el reloj en el bolsillo y salió de su escondite entre los arbustos. Se detuvo un instante en el aire fresco y privado de la calle vacía.

La víctima vivía a media manzana. Sus desarrollados sentidos se centraron en la masa negra de la casa, en busca de cualquier centelleo de vida. Kaye Wagner simplemente desaparecería. En un mes se convertiría en una nueva estadística, en uno de los miles de adolescentes que escapan de sus hogares cada año. Kaye tenía buenas razones para escapar. La habían expulsado del Emerson High y, en unos días, ella y su novio Tommy tendrían que presentarse ante un tribunal para ser juzgados por tenencia de cocaína.

Ambos desaparecerían esta noche. Miriam se estaba ocupando del novio.

Mientras caminaba, silencioso e invisible en su conjunto deportivo negro, pensó brevemente en su compañera. La quería como siempre la quería en momentos de tensión. El suyo era un viejo amor, familiar y cómodo.

A las tres y dos minutos se escondió la luna. Ahora, la única iluminación procedía de la farola solitaria que brillaba al final de la manzana. Así lo habían planeado. John empezó a correr, dejando atrás la casa de la víctima y deteniéndose en el extremo más alejado del edificio. No había luz por ninguna parte. Se dirigió hacia el camino de acceso.

Para John, todos los hogares tenían un ambiente, un olor prácticamente emocional. Mientras se acercaba a su silenciosa silueta, decidió que aquella casa no le gustaba. A pesar de todos sus rosales bien cuidados y sus parterres de dalias y pensamientos, era un lugar colérico.

Esta confirmación de la miseria de los Wagner reforzó su decisión. Su mente se centró con mayor intensidad en la tarea que tenía por delante. Cada fase había sido cronometrada minuciosamente. En este nivel de concentración podía oír la respiración del señor y la señora Wagner en su habitación del segundo piso. Se detuvo, centrando su atención con furioso esfuerzo. Ahora podía oír el susurro del brazo de un durmiente sobre las sábanas, los débiles arañazos del escarabajo que escalaba por la pared del dormitorio. Le resultaba difícil mantener una concentración tan intensa durante mucho tiempo. En esto, Miriam y él eran muy diferentes. Ella podía estar siempre concentrada; él, casi nunca.

En cuanto estuvo convencido de que la familia dormía, se dispuso a entrar. A pesar de la oscuridad, pronto localizó la puerta del sótano. Conducía a la habitación de la caldera. Más allá había un cuarto de juegos y el dormitorio de Kaye. Retiró un trozo de cable de piano de un bolsillo escondido bajo su sudadera y forzó la cerradura; a continuación abrió el resorte con el borde de una tarjeta de crédito.

Al abrir la puerta fue recibido por una oleada de aire caliente y rancio. Aquella noche no hacía demasiado frío y la caldera funcionaba al mínimo; el fuego proyectaba una suave luz anaranjada. John cruzó la habitación y accedió al pasillo que se abría al otro lado.

Se quedó helado. Oía una respiración traqueteante, no humana. Su mente analizó el sonido y llegó a la conclusión de que un perro de unos veinticinco kilos dormía al final del pasillo, a unos dos metros de él.

Pero ya no podía hacer nada. Tenía que utilizar el cloroformo. Sacó del bolsillo una bolsa de plástico en la que había un trozo de tela. Al tocarlo, advirtió que estaba frío, empapado del líquido. Como no era tan rápido como Miriam, necesitaba el cloroformo para reducir a sus víctimas. Consciente del peligro al que ahora se enfrentaba, sintió que se le tensaba la garganta.

Su amiga la oscuridad empezó a actuar en su contra; dio un paso adelante, intentando calcular las distancias. Un paso. La respiración del perro cambió. Dos pasos. Oyó un movimiento, el inicio de un gruñido. Tres pasos. Como una explosión, el perro empezó a ladrar.

Por fin lo encontró. Sus dedos se enredaron en el pelaje y la tela empapada de cloroformo se acercó a su hocico.

Hubo un furioso forcejeo, poco silencioso.

—¿Barney?

La voz de Kaye era clara como una campana e irradiaba miedo. John era consciente de lo mucho que estaban empeorando sus posibilidades. La muchacha estaba completamente despierta; podía sentirla mirando en la oscuridad. Por lo general, se habría retirado en este punto, pero esta noche no podía hacerlo. Miriam era una asesina recalcitrante y, en estos momentos, ya debía de haber acabado con su novio. La esencia del engaño consistía en que desaparecieran juntos. De este modo, la policía consideraría que se habían escapado de casa y archivarían el caso entre los expedientes de jóvenes desaparecidos. Si sólo desaparecía uno de ellos habría más sospechas.

En cuanto el perro dejó de forcejear, John siguió adelante. Disponía de unos diez minutos de seguridad. No podía haber nuevas demoras; era esencial un máximo de eficacia.

De pronto, la habitación de Kaye se inundó de luz. Era hermosa. Estaba sentada en la cama con una camisola y su mano todavía tocaba la lamparilla de volantes.

John sintió la luz como el fuego. Se abalanzó sobre la cama, apresurándose a sofocar el grito que sabía que estaba a punto de escapar. Pronto, su mano le cubrió los labios y su brazo la empujó hacia la cama.

Kaye olía ligeramente a colonia y tabaco. John forcejeó con ella. Su cuerpo se sacudía sobre la triste furia de su empeño. Colérico por la intensa resistencia que oponía la joven, le cubrió con ambas manos la boca y la nariz, a la vez que le inmovilizaba los codos con las rodillas.

La habitación estaba en completo silencio. Sólo se oía el sonido de las piernas de Kaye cayendo pesadamente sobre el colchón. John la miró a los ojos, suplicantes y aterrados, intentando calcular el tiempo que permanecerían con vida. Entonces advirtió que la lengua de la muchacha se abalanzaba contra la palma de su mano. Cuidado, no permitas que te muerda.

Los cinco minutos que tardó en asfixiarla se hicieron eternos. John intentaba mantenerse centrado en su trabajo. Si ella lograra escapar... no, no lo permitiría. Al fin y al cabo, contaba con años de práctica. Simplemente, no permitas que tu mente divague ni dejes de apretar... ni siquiera un instante. Esperaba ver aparecer la hemorragia en la parte blanca de sus ojos, signo inequívoco de que había muerto. Kaye respondía de la forma habitual: había adoptado una expresión suplicante y le miraba con desesperación.

Por fin perdió la conciencia y sus ojos se entrecerraron. Hubo una serie de convulsiones frenéticas, mientras el inconsciente intentaba escapar de aquello de lo que no podía escapar la conciencia. Instantes después, los ojos se abrieron de nuevo y pudo ver que la parte blanca había adoptado el tono rosado correcto. La mirada de la muchacha se desvió lentamente hacia la derecha, como si intentara ver el camino. Se hizo un silencio aún más profundo.

Al instante, John apartó las manos del cuello y presionó la oreja contra la cálida suavidad de sus senos para escuchar el último estertor de su corazón.

Perfección. Incluso en el umbral de la muerte, seguía siendo hermosa.

Todos los obstáculos habían sido eliminados. Ahora podía dejar a un lado su férrea disciplina y ceder a sus verdaderos sentimientos, a la cruda verdad de su ansia. Se abalanzó sobre ella, sin oír su propio grito de emoción y sintiendo cómo la muchacha cobraba nueva vida en su interior. La mente de John se despejó como si se hubiera zambullido en agua fría un día sofocante. El entumecimiento que le había estado amenazando desapareció de sus músculos. Sus ojos y sus oídos lo inundaron de impresiones de una intensidad casi sobrenatural.

Empezó a ascender de forma vertiginosa. Como siempre sucedía en estos momentos, en su mente apareció una vivida imagen de Miriam. Podía saborear sus labios, sentir su risa en el corazón. Ansiaba su fría carne; el amor que sentía por ella aumentaba, inundándole de deseo.

Entonces todo acabó. Apenas miró los restos de Kaye Wagner, una criatura oscura y repleta de bultos prácticamente perdida entre las sábanas. Tenía que controlar el tiempo. Obligándose a sí mismo a regresar a la sórdida realidad, depositó el frágil cascarón de la muchacha en una bolsa de plástico negro. Volvió a consultar el reloj. En dos minutos debía estar en el punto de encuentro.

Cogió la cartera de la joven, un cepillo y algunos cosméticos que se diseminaban por el tocador y los metió en la bolsa. También guardó unas bragas, un sujetador y algunos discos de vinilo de 45rpm que se apilaban en el suelo. Se detuvo en el cuarto de baño para hacerse con un cepillo de dientes, laca, más cosméticos, champú y una blusa bastante limpia que encontró colgada de la barra de la cortina de la ducha.

En cincuenta segundos, el coche aparecería en la calle. Miriam siempre era puntual, John desanduvo con premura sus pasos, deteniéndose tan sólo para cerrar con llave la puerta del sótano a sus espaldas, con la ayuda de la cuerda de piano. Avanzó con rapidez por el camino de acceso y esperó escondido entre el cornejo.

Su cuerpo hormigueaba; su conciencia parecía extenderse hacia todos y cada uno de los detalles del mundo que lo rodeaba. Ahora no tenía que hacer ningún esfuerzo para concentrarse. Podía sentir la beatífica presencia del cornejo y oír el más débil de los sonidos, como el susurro de un escarabajo o el sonido metálico del motor del coche que estaba aparcado al otro lado de la calle, mientras se enfriaba lentamente. Sobre su cabeza, las estrellas brillaban en miles de colores: verde y amarillo y azul y rojo. La brisa parecía agitar cada hoja por separado. John percibía la aguda y conmovedora belleza de todo lo que le rodeaba. La vida no podía ser más dulce.

Al ver aparecer su coche no pudo más que sonreír. Miriam conducía con la misma cautela que un octogenario ciego. Obsesionada por los accidentes, había escogido el Volvo por sus prestaciones de seguridad y su aspecto inocuo. A pesar de la robustez del vehículo, lo había equipado con un depósito de gasolina de alta resistencia, frenos de camión y un sistema de airbag, además de cinturones de seguridad y un «techo corredizo» que era, en realidad, una medida de escape adicional.

Obediente, se acercó al vehículo, arrojó su carga en el asiento trasero y se sentó junto a ella. Por supuesto, no había ninguna posibilidad de que fuera él quien condujera. Miriam no renunciaba jamás al volante, a no ser que fuera absolutamente necesario. Se alegraba de estar de nuevo con ella. Miriam presionó sus fríos y familiares labios contra su mejilla y esbozó una radiante sonrisa de placer y éxito.

Entonces, sin decir nada, se concentró en la carretera. El acceso a la autopista de Long Island se encontraba a dos

manzanas de distancia y John sabía que le preocupaba que la policía local los detuviera antes de llegar. Si eso ocurriera, tendrían que responder a ciertas preguntas muy comprometedoras.

Ninguno de los dos habló hasta que llegaron a la rampa. En cuanto accedieron a la autovía, John advirtió que su compañera se relajaba, que el último vestigio de tensión se disolvía.

—Era simplemente hermoso —dijo ella—. Tan fuerte...

John sonrió, ignorando su propia euforia. A pesar de todos estos años, nunca le había gustado matar. A él no le estimulaba, como a Miriam, sino que lo hacía por pura necesidad.

—Supongo que a ti te ha ido bien. —Era una pregunta.

—Como siempre.

Miriam lo miraba fijamente; sus ojos centelleaban como los de una muñeca.

—Me lo pasé bastante bien. El pobre creía que lo estaba violando una mujer —Miriam soltó una risita—. Creo que murió extasiado.

Se estiró con lujuria, antes de preguntar:

—¿Cómo murió Kaye?

John supuso que aquella pregunta era su forma de ofrecerle apoyo, de mostrar interés, pero prefería olvidar aquel acto desagradable y centrarse en la alegría de su recompensa.

—Tuve que usar cloroformo con un perro.

Miriam se acercó a él y lo besó en la mejilla, antes de cogerle de la mano. Era tan perceptiva... Ese breve comentario bastaba para que supiera todo lo que había sucedido, todas las dificultades que había tenido que superar.

—Tarde o temprano, todos acaban igual. Estoy segura de que fuiste muy humano. Probablemente nunca supo qué le estaba pasando.

—Cometí un error. Debería haber anticipado al perro. Eso es lo único que me molesta.

Pero no era cierto. También estaba aquella sensación, extraña pero también recordada. Estaba cansado por primera vez en muchísimo tiempo.

—Es imposible proporcionar una muerte perfecta. Siempre hay sufrimiento.

Sí, eso era cierto. A pesar de todos estos años, seguía sin gustarle infligir sufrimiento. Pero no debería estar tan inquieto. En teoría, cuando se alimentaba se sentía enérgico y vivo.

Debía de ser una fase pasajera. Estaba molesto consigo mismo porque no había anticipado la presencia del perro. Intentando olvidarlo, volvió la mirada hacia la ventanilla y contempló el exterior.

Hacía una noche espléndida. Siempre había visto una gran verdad en la oscuridad, una especie de alegría, algo que le exculpaba de tanta violencia. Pensar en eso le proporcionó una placentera sensación de justificación.

Las luces de las poblaciones iban y desaparecían. Con el corazón rebosante de amor, John se permitió sentir un ligero placer por el asesinato, hecho que reflejaba que su vida era fundamentalmente feliz.

Antes de que pudiera darse cuenta, había cerrado los ojos. El zumbido del vehículo empezó a mezclarse con las voces del recuerdo, de un recuerdo lejano.

Sus ojos se abrieron de golpe. Esto no era normal. Abrió el techo corredizo para que entrara aire fresco. El patrón de sus vidas era excesivamente regular: dormían seis de las veinticuatro horas y el Sueño les sorprendía unas cuatro horas después de alimentarse.

¿Entonces qué era esto?

Medio dormido, navegaba a la deriva hacia una sensación muy placentera. Su mente estaba poseída por una débil reminiscencia, un sueño...

Durante un instante tuvo la impresión de encontrarse en una habitación enorme y fría, iluminada con velas, en cuya chimenea crepitaba el fuego. Se sorprendió. No había vuel-

to a pensar en la casa ancestral de los Blaylock desde que abandonó Inglaterra. Y, sin embargo, ahora recordaba con claridad su cama, la humedad constante, la grandiosidad, la familiaridad.

En aquel entonces, Miriam era tan hermosa como ahora. Deseaba tocarla, abrazarla, pero no le gustaba que le molestaran mientras conducía.

Recordó los altos ventanales de su habitación, con sus vistas a los páramos del norte de York, donde centelleaban las fogatas de los gitanos al anochecer. Los rostros y las voces del pasado inundaron su conciencia. Somnoliento, contempló el extraño paisaje moderno que iba dejando atrás el vehículo, las luces infinitas, las casitas estrechas y desaseadas. Qué sólo estaba en aquel mundo.

Cerró los ojos y de pronto fue transportado a una tarde húmeda y gris en Hadley. Era una tarde especial... o lo sería en una hora. Se recordó a sí mismo tal y como era entonces, un elegante señor que acababa de pasar dos años en la Universidad Balliol. Se estaba vistiendo para la cena y el criado revoloteaba a su alrededor con las medias, el corbatín y la camisa. Suponía que el invitado sería alguno de esos políticos cadavéricos que conocía su padre y que la velada estaría repleta de conversaciones santurronas sobre el viejo rey perturbado y el libertino regente. A John no le importaban los asuntos de la corte. Estaba mucho más interesado en atormentar a los osos y en soltar a sus sabuesos por el páramo.

Mientras se vestía, un carruaje matraqueó por el camino. Era una carroza imponente, tirada por seis sementales y escoltada por dos lacayos. La librea no le resultaba familiar. Al ver que salía de la carroza una dama vestida de seda blanca, John chasqueó los dedos con impaciencia, esperando su peluca. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que su padre había llevado una prostituta a Hadley. A pesar de sus dolencias y sus frecuentes confusiones, a pesar del bocio y de sus ojos velados, el padre de John

conservaba un exquisito gusto por las mujeres. Cada vez que deseaba su compañía, solía buscar entre los límites más decadentes de la aristocracia a una criatura encantadora y físicamente atractiva que tuviera suficientes posesiones para no despertar el interés de su hijo.

Pero solían despertarlo.

—El señor ha salido —canturreó en voz baja mientras Williams le ajustaba el corbatín y rociaba su peluca con un poco de perfume—. Tendremos un día alegre.

—El señor está aquí, señor.

—Lo sé, Williams. Sólo fantaseaba.

—Sí, señor.

—Los preparativos habituales, Williams, si es atractiva.

El hombre dio media vuelta y partió para cumplir con sus obligaciones. Era un buen criado y sabía cuándo no debía responder. Sin embargo, John podía estar seguro de que, con él, los pasillos que separaban el salón de su habitación estarían vacíos de criados a la hora apropiada y que la doncella de la dama no seguiría a su señora.

Es decir, si lograba emborrachar a su padre con brandy suficiente para hacerle olvidar sus planes y aburrirle con juegos de naipes hasta que se quedara dormido.

Sí, de hecho prometía ser una velada interesante. John recorrió la galería que conectaba las dos alas de la casa, pasando bajo el retrato de su madre que su padre insistía en que permaneciera en el exterior de su antiguo dormitorio y sintiendo el frío húmedo de la tarde tras las ventanas.

Las escaleras habían sido iluminadas como si para un baile se tratara, al igual que el vestíbulo principal y el gran comedor. Los criados estaban preparando la enorme mesa para tres comensales. John se preguntó por qué no habría elegido la intimidad del comedor amarillo. Podía oír su voz más allá del vestíbulo, en el gabinete de recepción. Cruzó el vestíbulo y se detuvo mientras la puerta se abría ante él.

Entonces descubrió la razón de tanta fastuosidad. Y supo que ninguna cantidad de brandy desconcertaría esta

noche a su padre y que ninguna partida de bezique lo aburriría.

No existía ninguna palabra que pudiera describirla.

Ninguna piel podía ser más blanca ni ningunos rasgos tan perfectos. Sus ojos, tan pálidos como la cerámica holandesa, tan diáfanos como el mar, brillaron al mirarlo. Intentó buscar alguna palabra apropiada que decirle, pero sólo pudo sonreír y hacerle una reverencia, y entonces dar un paso adelante.

—Éste es mi hijo, John.

Las palabras de su padre eran tan distantes como una reverberación. Ahora, sólo la mujer importaba.

—Encantado, señora —dijo John, suavemente.

Ella extendió su mano.

—Lady Miriam —anunció su padre. Su tono sólo revelaba un ligero indicio de ironía.

John tomó su fría mano y la presionó contra sus labios, demorándose un instante demasiado largo.

Al levantar la cabeza, advirtió que ella lo estaba mirando, sin sonreír.

Lo sobresaltó tanto la fuerza de aquella mirada que apartó los ojos, confundido.

Su corazón latía con fuerza y su rostro hervía de calor. Intentó ocultar su incomodidad aspirando rapé. Cuando se atrevió a mirarla de nuevo, sus ojos eran joviales y amables, como debían ser los ojos de una mujer.

Entonces, como si quisiera tomarle el pelo, volvió a mirarlo de aquella forma desvergonzada y tempestuosa. Nunca había visto semejante insolencia, ni en las antecocinas más rudimentarias ni en las prostitutas de los barrios más bajos.

Ver algo así en una belleza extraordinaria y, obviamente, delicada, lo hizo vibrar de emoción. Con los ojos entrecerrados, extendió involuntariamente los brazos. Ella parecía estar a punto de hablar, pero sólo deslizó su lengua por los bordes de sus dientes.